

Esther

JOSE Y TERESA

Simplemente, José y Teresa, como Pablo y Virginia en la historia de la literatura romántica. Dos seres que se amaron entrañablemente. Un hombre y una mujer que al unir sus vidas por los lazos matrimoniales dejaron de ser dos para convertirse en una sola carne, como nos dicen las Sagradas Escrituras.

Se ha dicho que lo difícil, en las relaciones conyugales, no es amarse sino comprenderse. Para José y Teresa tan fácil fue lo uno como lo otro. Se afirma también que es necesario asemejarse un poco para comprenderse; pero que hay que ser un poco diferente para amarse. ¿Es que ambos se asemejaban demasiado que se comprendían tan bien? ¿O es que entre José y Teresa no existía ningún rasgo de diferencia para que pudieran amarse como se amaban? No lo sabemos. De la misma manera que nuestra mente finita jamás podrá penetrar la inmensidad de ese océano que es el amor de Dios, hay también en esta vida amores que los humanos nunca podremos aquilatar en toda la magnitud sin límites de su grandeza. Amores como éste, el de José y Teresa, que como rarísima flor esplende su belleza y aromatiza la atmósfera de un mundo contaminado por los efluvios deletéreos de los odios, los rencores y las suspicacias. Este mundo sería mejor si hubiera muchos matrimonios que se amaran como ellos se amaron.

Miriam Palma

Un privilegio que para mí no tiene igual es éste que Dios nos concede a los pastores de almas. Relacionarnos íntimamente con los seres humanos. Conocer hombres y mujeres tanto en sus miserias como en sus grandezas, en sus desgracias como en sus bienandanzas, en sus caídas como en sus alturas, en sus horas oscuras al igual que en sus horas luminosas.

Conocí a José y a Teresa, por vez primera, en la ciudad de Yauco. Allí me puso el Señor frente a la Iglesia donde ellos nacieron, se criaron y se nutrieron espiritualmente. Tuve, pues, la oportunidad de prodigarle mis cuidados pastorales a esta familia. Eran tiempos muy difíciles. José luchaba a brazo partido esforzándose por levantar un cuadro de hijos. Mientras él se tiraba a la calle en busca del pan, ella, en la casa, día y noche sobre la máquina de coser, cansada y fatigada, rindiendo su labor con miras a aumentar los ingresos. A fuerza de sacrificio levantaron cristiana y decentemente una familia. Les admiré y les respeté desde el primer día en que los conocí. Puedo decir, de la misma manera, sin ufanarme, que se me hizo fácil ganarme la confianza y el respeto de José y Teresa. Aún más, el cariño de todos y cada uno en particular de los que constituían el núcleo familiar.

José y Teresa hicieron del matrimonio una cosa muy bonita. No parecían marido y mujer. Más bien parecían novios. Me pregunto siempre: ¿cómo fue posible que pudieran conservar, por más de cincuenta años, el amor en toda su frescura y lozanía? Creo que tengo la respuesta. Con el

amor sucede como con los árboles. Para que crezcan a plenitud es necesario desbrozar los contornos, quitar los pedruzcos, arrancar los yerbajos malsanos, remover la tierra para que se empape de agua y abonarlo periódicamente. Esto es, que el amor hay que cultivarlo con mucho cariño y mucho esmero.

Se puede preguntar también si el cielo de su felicidad nunca se oscureció con una sola nube. Indudablemente que se oscureció muchas veces. No concibo la felicidad sin una dosis de dolor. En los ojos de José y Teresa se asomaron muchas lágrimas pero ellos supieron hacer de esas lágrimas, en el decir poético, un collar de perlas unidas por el hilo de la esperanza.

Si se me pidiera una sola palabra que sintetizara todo ese bien que ellos nos legaron yo diría que la palabra es "fidelidad". Fueron fieles, primeramente, para con su Dios. Fieles a su Iglesia: en puntualidad, en responsabilidad, en el cumplimiento de cada una de sus obligaciones. Fieles en el amor. Fieles en la amistad. Se podía confiar en ellos. Siete es el número que simboliza la fidelidad en la tradición hebreo-cristiana. Y para ser exactos en la virtud que señalamos: siete también fueron sus hijas.

Un amor como el de José y Teresa no podía vivirse en la distancia. La muerte alejó a Teresa y desde entonces José no quiso ya, para más, vivir en este mundo. Si bien no buscó la muerte la anheló en lo más hondo.

